

"Cordera", que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

"¡Se iba la vieja!"—pensaba con el alma destrozada Antón el hurano.

"Ella ser, era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela!"

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre... "La "Cordera", que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, "sub specie oeternitatis", como descansaría y comería un minutos antes de que el brutal porrazo la derrabase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su "Cordera".

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó de la "quintana" la "Cordera". Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Qué daba la res tantos "xarros" de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte en la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se le figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hipos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de "cucho", recuerdo para ellos sentimental de la "Cordera" y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella, Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el "corral" obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la "Cordera", que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—Bah, bah, "neños", acá vos digo; basta de "pamemes"! — Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negra los altos setos; tornanco casi bóveda, se perdió el bulto de la "Cordera", que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el "tintán" pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adios, "Cordera"!—gritaba Rosa deshecha en llanto — ¡Adios, "Cordera" de "mío" alma!

—¡Adios, "Cordera"! — repetía Pinín, no más sereno.

—Adios—contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al "prao" Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos, triste; aquel día, el Somonte sin la "Cordera" parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabeza: de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adios, "Cordera"!—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adios, "Cordera"! — vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indios.

—¡Adios, "Cordera"!

—¡Adios, "Cordera"!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotonos...

—¡Adios, "Cordera"!

—¡Adios, "Cordera"!

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influen-

cia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el "prao" Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adios, Rosa!... ¡Adios, "Cordera"!

—¡Adios, Pinín! ¡Pinín de "mío" alma!...

"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotonos, para los indios; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas".

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el "prao" Somonte.

—¡Adios, Pinín, ¡Adios, "Cordera"!

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh! bien hacía la "Cordera" en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adios, Rosa! ¡Adios, "Cordera"!

AMABLE LECTOR:
CONTRIBUYE A LA
Suscripción Pró-Sanatorio en Asturias